



SEMANA INTERNACIONAL DE CINE DE AUTOR

BENALMADENA - COSTA DEL SOL - ESPAÑA

BERLIN-ALEXANDER PLATZ de Phil Jutzi (1).

SINOPSIS:

Berlín. Las puertas de la prisión de Tegel se abren y un guardián acompaña fuera a Franz Biberkopf, que acaba de cumplir su condena. Le da la mano, le desea buena suerte. Biberkopf mira en torno suyo: luce un sol espléndido y los árboles son bellísimos. Con su maleta en la mano va hasta el tranvía, sube a él y, desde la ventanilla, observa una ciudad que le parece irreconocible. Tráfico frenético, gente siempre en movimiento: Biberkopf se siente desasosogado, como perdido. La ciudad viene amenazadoramente a su encuentro. Autobuses, automóviles, un pelotón de policía a caballo, obras por doquier. Biberkopf está desorientado. Nada más apearse del tranvía, el tráfico lo engulle; jadeante, se refugia en un portal donde encuentra un hombre que lo tranquiliza y lo invita a beber una copa. En la calle hay un grupo de gente que está esperando a una novia. Los dos se detienen. Biberkopf deja en el suelo su maleta y queda ensimismado mirando a la novia, pequeña y vestida de blanco, agarrada al brazo de un hombre feo y de aspecto antipático. Biberkopf se siente extasiado ante tanta frescura, había olvidado que pudiera existir un candor tal. Cuando se inclina para coger de nuevo su maleta, ésta ha desaparecido y su amigo también. Tras la primera sorpresa, Biberkopf se resigna y se encamina hacia su antigua taberna, a ver a los amigos.

En el local se encuentra Cilly, sentada al piano, tocando. El camarero que atiende la barra ve entrar a Biberkopf y le da inmediatamente de beber. Cilly sonrío a Biberkopf que pide de comer y va a santarse. Cilly coge el plato de manos del jefe y se lo sirve. Biberkopf la pregunta si está sola y por qué. Ella sonrío y se sienta a comer con él. De pronto, entra en el local la banda de delincuentes ex amigos de Biberkopf. Reinhold, jefe reconocido del grupo, mira a Cilly que se alza inmediatamente y va a su encuentro: Reinhold quiere saber qué hace allí Biberkopf y qué es lo que busca. Antes de que ella responda, Biberkopf se aproxima y explica que ha decidido cambiar de vida; todos se ríen, pero Cilly lo mira seria. Biberkopf deja a sus amigos y, al ver en un ángulo una jaula con pajarillos, comienza a silbar para ellos. Reinhold pide a Cilly que convenga a Biberkopf para que recupere su actividad; la banda necesita un hombre como él. Biberkopf sale y el grupo discute si es oportuno o no fiarse de este nuevo Biberkopf que la cárcel les ha devuelto.

En el camino, Biberkopf es abordado por uno de los ladronzuelos que le ofrece un pequeño asunto. El se niega: quiere trabajar honradamente.

De hecho lo encontramos en la Alexanderplatz, en mangas de camisa y con el típico cilindro berlinés en la cabeza, anunciando su mercancía con oratoria digna de un maestro del foro o del púlpito. En medio del tumulto y del tráfico ensordecedor de la gran plaza, Biberkopf logra reunir un pequeño grupo de auditores. De la lejanía llega Cilly, que se sienta en un poyo y contempla a Franz arregando a la multitud. Franz la ve, pide excusas a su respetable público y, como el corazón tiene sus razones, deja el trabajo y va a su encuentro mientras sobre la gran plaza desciende la calma del mediodía que concede a los hombres y a las bestias unos instantes de tregua.

Ya en casa, Franz contempla a Cilly satisfecho y sereno. Cilly le muestra un abrigo y un gorro de lana que tiene intención de regalarle. Franz los examina, estudia su calidad y luego la pregunta bruscamente de dónde provienen. Cilly miente y él la pone en guardia contra el robo y contra el peligro de inmiscuirse en asuntos de ese tipo. Cilly parece dispuesta a expulsarle de casa, pero su tono la convence: Franz sabe lo que dice y tiene razón. Hacen las paces y él la propone ir a beber una copa a la taberna. Ella se resiste porque teme encontrarse con Reinhold, pero Franz se empeña. En la taberna, Franz juega con los pajarillos

que están en la jaula y que se aterran ante sus caricias. Reinhold llama junto a sí a Cilly y le pregunta qué ha conseguido. Está bien, Franz es inamovible, pero -- Reinhold tiene necesidad de él. Biberkopf continúa jugando con los pájaros y sus ex-compañeros, sentados a una mesa, lo remedan. Franz los ignora, se sienta a otra mesa con Cilly. La banda comienza a ironizar sobre la repentina honradez de un -- viejo escaecolario como Franz. Preocupada, Cilly trata de distraerle pero los -- otros comienzan a cantar una canción burlona. Franz se pone en pie, les vuelve la espalda, los otros le tieran algo, él se vuelve al instante gritando también algo. Luego pide a la pequeña orquesta que toque "Yo tenía un camarada..." y la canta adaptando las palabras a su caso: el viejo Biberkopf ha muerto, ahora a trabajar y -- punto. La respuesta de los bribones es todavía más áspera, es una invitación a -- abandonar el local que va cogiendo ya mala fama por la presencia de un hombre honrado como él. Franz explota, lanza una mesa por los aires, tira un bandido al suelo y sale llevando consigo a Cilly. En la puerta, Cilly le ruega que no vayan a -- casa por la calle de siempre, pero Franz no tiene miedo de nada. Avanzan tras ellos las sombras de los delincuentes que, al llegar a un lugar apropiado, le atacan por la espalda. Reaccionando, Biberkopf está a punto de acabar con ellos, mientras los cristales del somisótano próximo se rompen aterrorizando a los viejos esposos que dormían en su alcoba. De pronto, aparece como salvador Reinhold; intima a sus hombres para que se retiren y pide excusas a Franz. Se dispone luego a irse con él y con Cilly, justo en el momento en que un coche de la policía aparece. Franz pregunta a un policía si conoce los motivos de esa aparición, pero no obtiene respuesta. Los dos viejos, excitadísimos, informan a la policía de la feroz agresión. Más tarde, vamos salir de un local a Cilly seguida por Reinhold, el cual insiste para que convenza a Franz de retornar a su antigua actividad. Cilly trata de hacerle desistir de tal idea: le traerá otros diez hombres con tal de que deje en paz a Biberkopf. Reinhold recuerda a Cilly que ella también le pertenece, hace -- además de abrazarla pero en la puerta aparece, levemente borracho, Franz. Este -- abrazando a Reinhold, lo hace entrar de nuevo en el local para continuar festejando su salida de la cárcel.

En casa, Biberkopf suda con su declaración de renta y no logra sacarla adelante. Cilly le pide repentinamente que cambie de casa, de barrio, que se aloje de aquel ambiente. Biberkopf no comprende por qué ha de dejar un lugar donde todos se conocen, no se da cuenta de que Cilly tiene miedo.

Los ladrones vuelve a reunirse en la taberna; han fijado un golpe para esa noche. Reinhold ve la jaula con los canarios y de nuevo le viene la idea de utilizar a Biberkopf.

Llaman a la puerta de Franz. Uno de sus "amigos" pide a Cilly que envíe a -- Biberkopf donde Reinhold. Cilly transmite la orden y Franz se dirige para allí.

De noche, por una calle apenas iluminada, corre un automóvil en cuyo interior van Reinhold, los otros miembros del gang y Biberkopf, absolutamente ignorante de su destino.

En la taberna Cilly interroga con ansiedad al camarero. ¿Dónde han ido los hombres?. Cilly teme que algo suceda.

El coche se detiene ante un edificio a oscuras. La puerta es forzada con -- cuidado y todos entran. Reinhold arroja a tierra el cigarro de Biberkopf el cual comprende que ha sido llevado allí para actuar de vigilante. Mientras los delincuentes se dirigen a un pequeño almacén que hay en el patio, Franz encuentra fuerzas para reaccionar y se precipita hasta la puerta gritando y tratando de abrirlo desde el interior. Llegan corriendo los otros, sujetan a Biberkopf, le obligan a subir al coche, lo inmovilizan y creyéndose perseguido por la policía, lo arrojan fuera del vehículo que corre a grandísima velocidad. Tras el coche de los bandidos llega el coche que tanto les había aterrorizado: en su interior va una enamo

radísima pareja que, en medio de la oscuridad, no ve el cuerpo de Biberkopf y lo embiste.

Es el amanecer y Cilly espera en la taberna a que llegue la banda. Al ver a Reinhold responde que ha sido atrapado por la policía.

En el lecho de un hospital, Franz, con la cabeza toda vendada, vuelve lentamente en sí. Durante tres semanas ha estado sin conocimiento y ahora intenta recordar cómo y por qué se encuentra en un lugar tan extraño. Una enfermera se aproxima y le explica dulcemente por qué está allí, desde cuándo y por qué razón: un coche lo ha atropellado, mejor dicho, él se ha arrojado delante de un coche. Pregunta Franz cuándo podrá salir pero la enfermera evita responderlo. Un empleado de la administración del hospital llega para hablar con Franz y explicarle las razones de su enfermedad.

Con ojos cerrados, vuelve a ver Franz por un instante la vida frenética de la ciudad, su oficio de vendedor ambulante, la Alexanderplatz donde la vida continúa sin él: otro vendedor ha cogido su puesto.

Unos días después, Franz recibe en el jardín de la clínica la visita del médico que lo interroga amablemente acerca de su vida, sus intenciones, sus proyectos. Franz responde con una sonrisa y pregunta a su vez al doctor cuándo van a desvendar el brazo derecho que, a fuerza de estar inmóvil, se le va a anquilosar. El doctor le dice entonces la verdad: el brazo ha sido amputado. En silencio, Franz lleva su mano izquierda al vendaje. Luego, da las gracias al doctor por sus cuidados al tiempo que le agradece por ejercer un oficio tan desagradable; no necesita consuelo, tendrá fuerzas para recomenzar.

Una voz femenina canta una canción romántica que acompaña un falso ciego Franz mira a la muchacha, hace ademán de darle algo pero, con un brazo solo, no logra sacar el dinero del bolsillo y ha de rogarle que le ayude. Sin dejar de cantar ni de sonreír, coge ella el dinero y le devuelve el resto. En ese momento el falso ciego intimida a Franz para que se vaya y no estorbe su trabajo.

Por el parque de Friedrichshain pasean Franz y su nueva amiga. Franz canta rreca la canción que ella cantaba, luego le pregunta cómo se llama. Sonia, pero es un nombre que no le gusta mucho. La chica ruega a Franz que la lleve con él. Franz duda, pero luego decide que sí. Al llegar a casa, Franz decide rebautizar a Sonia con el nombre de Miesz.

El dueño de la taberna ha visto regresar a Franz y aconseja a los bandidos que se alejen. En ese momento entre Biberkopf y saluda a Kari, el hombre de confianza de Reinhold, dándole la mano izquierda, "la mano del corazón", ya que la derecha no existe. La charla entre ambos es muy incómoda, pasa a que Franz hace todo lo posible por minimizar lo sucedido. El camarero informa a Franz de que Cilly ha encontrado un amante rico.

Biberkopf sale. Suena el teléfono en la nueva casa de Cilly: es el camarero de la taberna que advierte a la muchacha la reaparición de Franz.

Días después Biberkopf vuelve a entrar en la taberna. Al verlo, el grupo de sus ex-amigos huye, pero Biberkopf se dirige hacia el reservado donde Reinhold tiene su cuartel general, Reinhold lo encañona con una pistola y le ordena alzar las manos, cosa que Franz no puede hacer porque tiene una sola. Franz tranquiliza al amigo: ha venido en son de paz, quiere trabajar con él ya que, con un brazo solo, le es imposible hacerlo honradamente y porque ha comprendido que luchar por una vida mejor es absolutamente inútil.

El retorno de Franz es festejado entre chicas alegres y botellas de champagne. Fuera del local donde Franz se encuentra, Reinhold intenta convencer a un miembro de la banda para que lo acompañe ya que no se atreve a fiarse de Biberkopf,

pero el otro no se deja persuadir. Franz hace un sitio a Reinhold en el festejo, lo presenta a sus invitados. Reinhold no sonrío: está mas torvo que nunca. Bajo los efectos del vino, Franz habla de su felicidad, de la mujer que lo espera en casa, un prodigio de belleza, de dulzura y de fidelidad.

En casa ^{de} Cilly, Mieze escucha los consejos, desapasionados pero terriblemente amargos, que le da su nueva amiga. Cilly explica que Franz ha estado en la cárcel y ataca al sexo masculino en general.

Sin dejar el panegírico de Mieze, Franz brinda por ella y canta. La alegría del carnaval estalla en todo el local.

Entretanto, Cilly ha terminado su diatriba feminista y pone en guardia a Mieze contra Reinhold. Al despedirse como el aire ha refrescado, presta a la chica una piel.

Franz ha llevado a Reinhold a su casa. Cuando oye que Mieze llega lo esconde tras una cortina: quiere que, sin ser visto, sea testigo de la perfección de su amada. Pero Mieze no está para juegos. Reprocha con dulzura a Franz por su sed de dinero; tienen ya de todo y, si acaso, sería mejor que ella trabajase para no servirle de lastre. Franz ve la piel y pregunta a la muchacha de dónde la ha sacado. Sin reflexionar, responde Mieze que ha encontrado a uno de sus antiguos amigos y éste se la ha regalado. Franz monta una escena terrible: la insulta, maldice, rompe los muebles y tira al suelo a Mieze. Sale Reinhold de detrás de la cortina y empuja a Franz fuera de la puerta. Luego apoyándose en el quicio de ésta mira a la muchacha que continúa en el suelo. Mieze se levanta y lo ocha de allí llamándolo carroña. Mientras desciende las escleras, Reinhold dice con ironía a Franz que, en efecto, tiene una perla de mujer en su casa. Un instante después sale también Mieze, se aproxima a Franz, lo acaricia y éste, arrepentido de su violencia, la abraza convulso.

Han pasado los días. Se perfila la organización de un nuevo golpe. Karl roba su coche.

Mieze está ocupada en la limpieza de su casa cuando Reinhold aparece en la Puerta. Trae recado de Franz de que regresará tarde y se ofrece a llevarla junto a él. Mieze acepta, sobre todo porque quiere decirle lo que piensa de él y de su banda.

En un gran parque aparece Karl, quieto junto a su coche, leyendo el periódico. Mieze pide a Reinhold que deje en paz a Franz porque no está hecho para esa vida de peligro y crímenes. Reinhold no la escucha, le pide un beso. Mieze piensa que el otro bromea pero, súbitamente él cambia de expresión e intenta abrazarla. Mieze huye, aterrorizada por la mirada bestial del hombre. Echa a correr gritando pero nadie acude en su ayuda. De pronto, sus gritos se acallan. Pocos minutos después Reinhold reaparece junto al coche de Karl. Monta y los dos se alejan, tras lanzar una serie de insultos a un grupo de scouts que pasan cantando.

Un lago en los alrededores de Berlín. Es verano. La playa está atestada de gente. Se escuchan en las notas de la canción de Mieze. Cilly trata de consolar a Franz de la pérdida de Mieze y le pregunta si su conducta hacia ella en los últimos tiempos no la habrá inducido a huir. Franz sospecha que Mieze ha escapado con el hombre que le regaló la piel. Cilly afirma ser ella quien se la dió y le induce a dar cuenta inmediata a la policía de su desaparición. Biberkopf se hace el duro: si Mieze lo ha dejado, no piensa correr tras ella. Cilly le suplica: debe encontrar a Mieze.

Karl chantajea a Reinhold y cada día sus peticiones se hacen más osadas. Llega Cilly a la taberna y, sin decir una sola palabra, entra en la habitación de Reinhold. En pie frente a él, le pregunta dónde está Mieze. Reinhold debe saber

qué ha sido de la muchacha puesto que lo vieron subir a su casa el día de la desaparición. Reinhold callo y Cilly lo insulta: no le basta haberla arruinado a ella y a Franz, ha querido también destruir una inocente como Micoze.

En la jefatura de policía se examinan los cabellos encontrados en manos del cadáver de la muchacha asesinada en el parque: son rubios y finos. En casa Biberkopf pasea de un lado para otro. La puerta se abre y entra Cilly toda descompuesta: trae consigo un periódico. Ruega a Franz que no se inquiete, que no se asuste, lo asegura entre lágrimas que ella no ha tenido ninguna culpa. Franz no comprende. Abre el periódico y ve la noticia del hallazgo de Micoze. Mientras Cilly solloza desesperada, Franz cae derrumbado sobre una silla. ¿Quién ha sido?, se pregunta. Cilly sospecha de Reinhold. Franz se pone en pie, se dirige hacia la puerta y, aunque ella intenta retenerlo, es en vano. Franz ha decidido vengarse y arrastrar con él en su caída a todos los que le han hecho daño.

Ya ha llegado la policía a la taberna cuando hace su aparición Franz en busca de Reinhold. Se revuelve contra los gendarmes que tratan de apresarle, y al fin, es sacado de allí.

En los muros de la ciudad aparece un aviso: quien pueda suministrar noticias sobre el asesino recibirá un premio. Karl muestra este aviso a una mujer rubia y la instruye sobre lo que debe decir a la policía. No es prudente que él mismo haga la denuncia. La mujer tan sólo debe decir que vió ese día a Reinhold en el parque.

Es el día del proceso. Biberkopf y Cilly abandonan la sala. Reinhold ha sido condenado a 15 años, pese a que su abogado ha intentado que se le declarase enfermo mental. En los pasillos del tribunal los otros miembros de la banda comentan la injusticia de la ley que ha dejado libre a Biberkopf y encarcelado a Reinhold. -- Cilly y Franz pasan delante de ellos sin saludar. Una vez fuera, Cilly trata de dar ánimos a Franz; el espíritu del mal que lo perseguía ya ha sido castigado, ahora le será fácil recomprender el camino hacia una vida más honrada, ese camino que Reinhold siempre le ha estorbado.

Alexanderplatz. Biberkopf ha vuelto a su oficio: ahora vende un muñecote que lleva en su interior un imán que le impide caer. A pesar de sus caídas y desventuras, también Biberkopf sigue en pie: tiene no un imán, sino un corazón que lo sostiene. Sobre una panorámica de la plaza más frenética que nunca y sobre la voz de Franz que exalta su mercancía, finaliza el films.
